

EL VIAJE DE LA ESPERANZA

Bono, el carismático líder de U2, convenció a Paul O'Neill, secretario del Tesoro de EE UU, para viajar juntos a África. Para que viera en directo la miseria. Para arrancarle un compromiso de ayuda. Acompañamos durante 15 días a la 'extraña pareja' en su gira.

Por **Enric González**.

El avión se había llamado *Grandes Esperanzas* durante la campaña presidencial del año 2000, cuando transportaba al candidato George W. Bush. Y ahora volaba hacia un paraíso, un país "de gente guapa y bien vestida, un país educado, abierto al mar, democrático...". Bono, con gafas de color rosa, camisa oscura y barba de dos días, describía con la voz y con las manos, enormes y siempre en movimiento, las maravillas de Ghana. Paul O'Neill, vestido con la pulcritud que se espera de quien firma los billetes de 20 dólares, asentía con la cabeza y dudaba con la mirada. Bono encontró al fin la palabra justa para Ghana: "Es un país *cool*; si un país inventó lo *cool*, tuvo que ser Ghana".

No es fácil traducir *cool*. Podría ser "elegante", o, en castizo contemporáneo, "lo

que mola". Da igual, porque quien trasladó el comentario de Bono al presidente ghanés, John Agyekum Kufour, pronunció mal la palabra. O tal vez los ayudantes de Kufour no oyeron bien. Entendió *coup*, un término muy inquietante en política. Cuando el presidente recibió al secretario del Tesoro de EE UU y a la estrella del rock, un alto cargo del Gobierno de Accra trató de aclarar las cosas en privado: "Hemos tenido algo de eso en el pasado, es cierto. Pero me parece excesivo decir que nosotros inventamos el golpe de Estado".

Dos días después, la expedición se encontraba en circunstancias muy poco paradisiacas. En pleno *anticool*. Un viejo bimotor de la fuerza aérea había transportado a O'Neill, Bono y compañía (asesores,

funcionarios, servicio secreto y periodistas) hasta Tamale, una población de mayoría musulmana al norte del país, pero el viaje de retorno a Accra, la capital, resultaba imposible. El bimotor no podía volar entre tormentas. Atardeció y anocheció bajo el sopor de una temperatura y una humedad atroces, y el grupo fue arrugándose, empapado en sudor, en las precarias instalaciones del aeródromo militar de Tamale. El propio O'Neill, un hombre siempre impoluto, como recién fabricado cada mañana, tuvo que desabrocharse varios botones de la camisa y sentarse en el rincón que le pareció menos sucio para engullir, como Bono y el resto, una ración de campaña proporcionada por misioneros.

Las noches cuartelarias de Ghana, con su bochorno, sus murciélagos y su hedor a >



SIDA EN UGANDA.
Bono baila con una joven huérfana en el centro para tratar a enfermos de sida de Kampala (Uganda), durante una de las paradas de su viaje por África.

orina, propician la confianza. Y si quedaban dudas sobre la honestidad del viaje, se desvanecieron durante la velada de Tamale. O'Neill y Bono habían decidido utilizarse mutuamente, eso estaba claro. Pero ni el uno ni el otro buscaban publicidad personal. La gira africana de la *extraña pareja* era el resultado de una insólita conjunción de factores: la astucia de Bono y su habilidad para conmover, por la vía religiosa, los sentimientos de una Administración reaccionaria; el entusiasmo de O'Neill por la investigación económica sobre el terreno; la evidencia abrumadora de que África no puede esperar más. Tal vez, también, un inconfesable afán de Bush y los suyos por llegar a la historia algo menos terrible que una guerra antiterrorista de duración ilimitada y dimensiones universales.

El punto de partida fue un enfrentamiento. Durante el Foro Económico Mundial de Davos, celebrado por una vez en Nueva York, Paul O'Neill y Bono habían debatido sobre África. Fue un choque de egos, suavizado por el hecho de que ya se conocían un poco y, por opuestos, se atraían mutuamente.

Bono, hijo de un cartero dublinés, posee un carisma tan efectivo ante una multitud como en una conversación personal. A los 14 años perdió a su madre, muerta en circunstancias inusuales (cayó fulminada durante el entierro de su padre, el abuelo de Bono); quizá por eso, o quizá no, el cantante y activista necesita atraer la atención. O'Neill, nacido en 1935 en una vivienda humilde de Saint Louis (Misuri), sin agua corriente ni electricidad, hijo de soldado y ama de casa, no concibe la idea de que alguien tenga un origen más pobre que el suyo, o un cerebro más potente. Estudió con becas, trabajó para varios Gobiernos republicanos (aunque nunca estuvo muy lejos de los demócratas) y se hizo multimillonario como presidente de la multinacional Alcoa. Una muestra del diálogo de Nueva York:

“Jesucristo dijo: Alimentad a los hambrientos y me alimentaréis a mí. No podemos negarles a otros lo que reclamamos para nosotros”. (Bono).

“No me hable de compasión... Los seres humanos, en cualquier sitio, tienen la capacidad de alcanzar el nivel de vida que disfrutamos nosotros. Ya hemos gastado billones de dólares en ayuda al desarrollo, sin conseguir casi nada”. (O'Neill).

En el fondo, la gira era una operación publicitaria dirigida a un público muy concreto: los miembros de la Cámara de Representantes y del Senado de EE UU. George W. Bush y Paul O'Neill necesitaban convencer al Congreso de que la ayuda a África era necesaria y efectiva, para que el llamado Fondo del Milenio (un pa- >





PESCADORES EN GHANA. Paul O'Neill, secretario del Tesoro de Estados Unidos (a la izquierda), y Bono (derecha) visitan una comunidad de pescadores en Accra, la capital de Ghana.

▶ quete de 10.000 millones de dólares destinado a donaciones) contara con posibilidades de aprobación parlamentaria. En la forma, la gira era como un juego: ¿Quién tenía razón? ¿O'Neill, el capitalista escéptico? ¿Bono, el activista entusiasta?

Ambos lados disponían de argumentos.

Un hecho objetivo es que los países en desarrollo han recibido un billón de dólares en préstamos durante los últimos 50 años, sin prosperar de forma apreciable. Zambia, por ejemplo, ha recibido 2.000 millones de dólares y es, en realidad, un 40% más pobre de lo que era en 1964, cuando accedió a la independencia. Contra eso se puede argumentar, sin embargo, que muchos créditos fueron a parar directamente a los bolsillos de dictadores apoyados por

visitas a África son constantes (unas 10 en los pasados tres años), sabía bastante bien lo que iba a encontrar en el viaje. Paul O'Neill, con menos dominio sobre la materia (aunque había dirigido las fábricas de Alcoa en el continente), se llevó su banco de datos mental. En la visita a la factoría Ford en Pretoria (Sudáfrica), un escenario que había elegido personalmente (él estableció la mitad de las visitas y Bono la otra mitad), el secretario del Tesoro derramó sobre la concurrencia su absoluto conocimiento de todas las estadísticas industriales. “Los números son su pornografía”, susurraba Bono.

O'Neill ve la humanidad en abstracto, como un conjunto de cifras, pero la ve: su mayor orgullo es haber reducido prácticamente a nada la siniestralidad laboral en

de cada cuatro enfermos de sida están en África, y que en Soweto, un océano de pobreza con islotes de miseria absoluta, una de cada tres personas es víctima de la peor plaga de la historia. Pero no es lo mismo memorizar estadísticas que hablar de ellas con un niño en brazos. O'Neill, al que prepararon una reunión con pacientes y médicos, se indignó al descubrir que no todas las enfermas embarazadas recibían medicamentos antirretrovirales y, por tanto, la epidemia se propagaba a sus hijos. “¡Eso es prioritario!”, clamó. “Con un presupuesto de 50 millones de dólares, ¿no pueden dedicar dos a medicar a las embarazadas?”. Aún no había captado del todo las dimensiones de la tragedia. Ese día, sin embargo, el secretario del Tesoro empezó a adoptar el lenguaje voluntarista propio de Bono, y



CON LOS PRESIDENTES DE SURÁFRICA. La ‘extraña pareja’ se reunió en Suráfrica con Nelson Mandela (izquierda), ex presidente del país y todo un símbolo de reconciliación y libertad en África, y con Thabo Mbeki, el actual presidente (a la derecha).

Washington o París durante la guerra fría (los casos de Mobutu Sese Seko en Congo o Jean-Bedel Bokassa en la República Centroafricana son paradigmáticos), y que las poblaciones sólo se quedaron con la deuda. O'Neill, con todo su escepticismo, era consciente de que los viejos préstamos habían contribuido a estrangular al continente. De ahí que el Fondo del Milenio, y cualquier mecanismo de ayuda exterior que pueda articular en el futuro el Tesoro estadounidense, se plantee sobre la donación a fondo perdido. Se acepta casi universalmente que es mejor eso que la concesión de créditos que años más tarde deben condonarse, tras grandes esfuerzos negociadores y gastos burocráticos. Pero la idea de la donación obliga a reponer periódicamente reservas en instituciones como el Banco Mundial; es decir, impone a los países contribuyentes un gasto regular y elevado.

Bono, al que asesoran economistas de la magnitud de Jeffrey Sachs, *renegado* del FMI y catedrático en Harvard, y cuyas

Alcoa. Otras cosas se le escapan. Como el aroma que flotaba por las naves de la factoría automovilística. “¿Nota el olor, secretario?”, preguntó alguien. “Sí, ¿es algún tipo de producto químico?”. “Es marihuana”, explicó un directivo. “No permitimos su uso en horas de trabajo, pero la toleramos si no daña la productividad o el nivel de acabado del producto”. O'Neill prefirió no hacer comentarios, y Bono no pudo evitarlos: “Yo creía que me estaba colocando el olor a gasóleo”.

Los esquemas del secretario del Tesoro resistieron bien en Ghana. En Suráfrica se resquebrajaron. Después de ver una fábrica de coches que reforzaba sus planteamientos (“con buenos líderes, inversión privada y trabajo se consigue prosperidad”), acudió al hospital Chris Hani Bragwanath, de Soweto: el mayor centro médico del mundo, con 28.000 consultas diarias y miles de camas, desbordado por la marea del sida. O'Neill no ignoraba que tres

a admitir que hacía falta dar mucho más dinero para luchar contra el sida.

Aún no había conocido a Agnes, la joven cantante de Kampala. Bono le llevó a las instalaciones de TASO, una organización de apoyo a los enfermos de sida en la capital ugandesa. El sida ha matado ya a 900.000 personas en Uganda, un país con menos de 24 millones de habitantes. Agnes se añadirá pronto al anonimato de la estadística. Como voz principal de un grupo compuesto por enfermos, se levantó de la cama, tras varios días en estado casi crítico, para cantar ante O'Neill y Bono. Fue una actuación maravillosa y terrible.

“No todo es medicina”, aclaró Alex Kuntinho, el director de TASO. “Tenemos abogados para que los enfermos hagan testamento y elijan correctamente a la nueva familia”. El sida está destruyendo las estructuras familiares del África Oriental. Los padres enfermos, antes de morir, tratan de elegir a una familia que se haga cargo de sus hijos. TASO ayuda también

en la confección del *libro*. “Nuestros hijos son pequeños”, explicó una enferma, “y apenas podrán recordarnos. Por eso les dejamos un cuaderno con nuestras fotografías y algunas explicaciones de quiénes fuimos, y cuánto les amamos, y, en algunos casos, lo mucho que lamentamos haberles contagiado sin querer”. A O’Neill no le quedaban dudas, ese día, de que había cosas mucho peores que nacer en una cabaña de Misuri sin agua ni electricidad.

Lo que estaba viendo el secretario del

Tesoro era, sin embargo, lo mejor del África subsahariana. El propósito de la gira consistía en examinar de cerca la efectividad de la ayuda exterior, en los países que mejor la utilizaban. En ese sentido, Uganda es un modelo. No está muy lejano el pasado siniestro de Idi Amín y su régimen: siguen apareciendo restos humanos, cráneos o esqueletos decapitados, en el Nilo y en el lago Tanganica. Pero el actual presidente, el ex guerrillero Yoweri Museveni, es una de las figuras señeras del continente; la propagación del sida se ha frenado de forma drástica, gracias a la prevención y la atención a las enfermas embarazadas; y el Fondo Monetario Internacional no tiene más que elogios para la gestión económica del Gobierno: la inflación se ha reducido del 200% anual al 2%, y la pobreza ha bajado un 35%.

Uganda se enfrenta ahora a un dilema atroz. Para proporcionar antirretrovirales a las madres con sida y tratamientos paliativos a todos sus enfermos, necesita entre 40 y 50 millones de dólares anuales. Y hay países, EE UU entre ellos, y ONG dispuestos a hacer lo posible para reunir esa suma. Pero el Ministerio de Finanzas, respaldado por el Fondo Monetario, prefiere que el dinero no llegue. La economía nacional es pequeña y precaria (el presupuesto del Estado ronda los 2.000 millones de dólares, la mitad de los cuales procede de ayuda externa), y, según los cálculos del ministro Gerald Ssendaga, la entrada de 50 millones en divisas haría subir el valor de la moneda local, lo que a su vez impediría exportar café a precios competitivos. Hay que elegir entre la salud y las exportaciones. La economía, o la vida.

“¡Eso son chorradas!”, bramó el secretario del Tesoro, desviándose de la ortodoxia de una institución, el FMI, en la que nadie manda más que él mismo. Museveni le comentó a O’Neill que Uganda no quería depender indefinidamente de la ayuda externa, y que para ello necesitaba una economía mínimamente sana y unas exportaciones crecientes. “Dejen de cerrarnos sus mercados; abandonemos las relaciones parasitarias y creemos relaciones simbióticas; seamos socios”, dijo.

Cuántas veces tuvo O’Neill que justifi- >

car lo injustificable. Lo más duro para él fue, sin duda, defender la ley agraria firmada recientemente por Bush, gracias a la cual las granjas estadounidenses (casi todas grandes empresas) recibirán 10.000 millones de dólares en subvenciones hasta finales de la presente década. ¿Quién puede competir así? Ghana no, desde luego. Cultiva las piñas más dulces del mundo, pero su flota mercante se limita a cuatro barcos, ninguno de ellos capaz de llegar en tiempo razonable a un puerto de EE UU. Si pueden llegar a la UE, donde se topan con otras barreras comerciales.

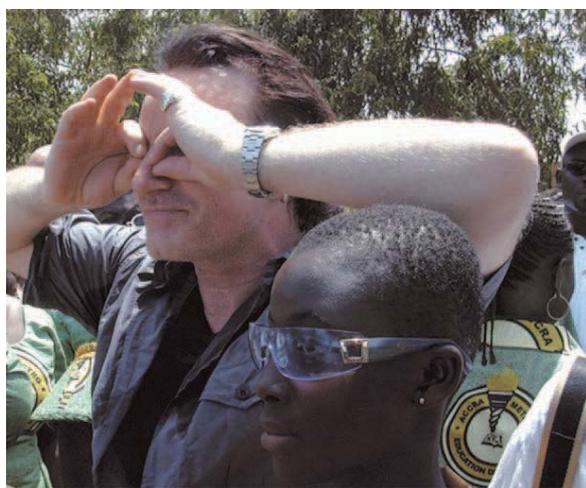
El problema de Ghana, y la gran mayoría de los países africanos, es el proteccionismo de los países ricos. Las dificultades de acceso físico a los mercados son menores. Aunque Accra estuviera a 10 mi-

Otras veces apeló a la seguridad: “Nadie quiere depender totalmente del exterior en algo tan fundamental como la alimentación”. No le costaba mucho admitir, en conversaciones informales, que las subvenciones eran votos, y que, en el caso de Estados Unidos, Bush necesitaba contar con el apoyo de las inmensas llanuras agrarias del Medio Oeste para asegurarse la reelección en 2004.

Algo parecido ocurría cuando se desmenuzaba la ayuda al desarrollo proporcionada por EE UU, considerable en términos absolutos, 10.000 millones de dólares anuales, pero miserable en términos relativos: un 0,1% del PIB (producto interior bruto), el porcentaje más bajo entre los países industrializados. “Sólo debe darse a países con Gobiernos democráticos y

de la popularidad. Él era el representante de EE UU, un gran jefe de la hiperpotencia. A Bono, en cambio, nadie le conoce en África. Los dirigentes le saludaban como *mister Hewson*, porque debía parecerles grosero tratarle por su apodo, y sabían de su veteranía como agitador en pro de la condonación de la deuda; ni ellos ni la gente de la calle habían oído jamás, probablemente, una canción suya.

O'Neill contaba con el apoyo de su mujer, Nancy, y de una de sus hijas, Julie Kloof, la *pequeña* (39 años), que le acompañaban en el viaje, pero en general prefería refugiarse en Bono y en su rutina de *extraña pareja*. Ambos parecían sentirse cómodos en sus papeles. O'Neill, pulcro, sobrio, eficiente y maniático; Bono, desordenado, exuberante y despreocupado. En caso de



CON GAFAS Y A POR TODO. Bono da de comer a un bebé en una clínica para infectados de VIH en Soweto (Suráfrica). En el centro, O'Neill y Bono, en el orfanato Madre Teresa en Etiopía. A la derecha, el artista bromea en Accra (Ghana), tras pasarle sus gafas azules a una niña.

nutos de Nueva York, sus piñas, no subvencionadas, resultarían caras en comparación con las de Hawai. En el mercado de Makola, en Accra, entre caracoles gigantes y guindillas, O'Neill y Bono descubrieron leche y arroz americanos. “Son más baratos que los que podríamos producir aquí”, explicó la propietaria de un tenderete, una mujer mayor con las cicatrices en las mejillas propias de las tribus del norte. Esas cicatrices, que aún se infligen a muchos niños, no son un atavismo ancestral. Las tribus del norte empezaron a desfigurarse las mejillas tres siglos atrás, con el fin de carecer de interés para los esclavistas blancos. En un idioma nativo, *feo* y *libre* son la misma palabra.

En alguna ocasión, O'Neill defendió el proteccionismo agrícola del mundo desarrollado con un argumento místico: “Todos los países defienden su agricultura cuando pueden permitírselo; no quieren renunciar a la única actividad económica que es creadora directa de vida”.

transparentes; es estúpido e inútil entregar dinero a regímenes corruptos e ineficientes”, insistía. ¿Es Pakistán, por citar un ejemplo, una democracia transparente? O'Neill se batía pronto en retirada: “Una cosa es la ayuda concedida por razones humanitarias, y otra muy distinta es la que se da con fines estratégicos. La seguridad y la estabilidad internacionales tienen su precio”.

El “hombre con la mayor billetera del mundo”, como solía llamarle Bono, arriesgaba mucho más que su compañero de viaje. Para empezar, era *el político*, no el activista. Sus ideas, construidas sobre la libre empresa y el desarrollo privado, también en los oídos de la audiencia local sonaban menos generosas que las de Bono: “Hay que dar miles de millones, construir infraestructuras, regar con dinero estos países igual que la UE ha regado Irlanda para convertirla en una economía pujante”. Y, por una vez, soportaba en exclusiva el peso

apuro, optaban por la comicidad. Como en Tamale (Ghana), después de visitar un hospital calamitoso, del que el secretario del Tesoro salió afectado: 380 camas debían cubrir las necesidades de una región con casi dos millones de personas en un edificio con las ventanas rotas, sin esterilizadores ni lavandería, y con un suministro eléctrico errático en los quirófanos.

Al poco rato, la comitiva llegó a la aldea de Wamili, un poblado misérrimo de chozas de barro y paja, donde les esperaban un consejo tribal y el obsequio de unos trajes típicos escasamente favorecedores. Consistían en algo parecido a un camisón y un gorro de dormir a rayas. Y había que ponérselos. O'Neill inició el número: “Nunca superaremos esta vergüenza”, se quejó con falsa desesperación. “¡Atención todo el mundo!”, le secundó Bono. “¡Si alguien se ríe, no se cancela más deuda!”.

También por separado se complacían en sus respectivos papeles. Cuando un periodista le comentó a Bono que su hija, de

15 años, era una gran admiradora de U2 y preguntó, con extremo tacto, si sería posible que la estrella del rock le dijera a la chica dos palabras por teléfono, el irlandés sonrió y pidió el número. La chica debió alucinar cuando escuchó el “hola, soy Bono, ¿cómo estás?”. Y aún más con lo siguiente: “Mira, te llamaba para decirte que tu padre se ha emborrachado bastante y se ha metido en un par de peleas. Pero no te preocupes, vamos a pagar la fianza y le sacaremos del apuro”.

O'Neill, por su parte, trataba de extremar su imagen de contable estricto. Cuando le contaron, en Kolokolo-Yobo, un pueblecito cercano a Kampala, que excavar un pozo de agua potable costaba unos 2.000 dólares, puso la calculadora mental en marcha: “Eso significa que proporcionar pozos a toda la población ugandesa costaría 25 millones. Uganda recibe anualmente 300 millones del Banco Mundial, pero muchos de sus habitantes carecen de agua limpia. ¿Dónde va el dinero?”.

Cuando la gira llegó a Etiopía, última

etapa, se habían añadido a la comitiva el actor Chris Tucker (deseoso de “conocer la realidad africana” antes de interpretar, en su próxima comedia, al primer presidente negro de EE UU) y la cadena de televisión MTV. Tucker, una celebridad en África, fue reclutado por la organización de Bono y su misión consistía en pregonar la necesidad de prevenir el sida. O'Neill y Bono, mientras, se entendían con la mirada. En el orfanato de la Orden de la Madre Teresa, por el que había que circular en fila india y con cuidado para no pisar a los enfermos acumulados en el pasillo, utilizaron una vez más el recurso de bromear ante la tragedia. Bono se quitó las grandes gafas azules y se las puso a un niño. “Supongo que sabes”, saltó O'Neill, “que a ti te quedan tan raras como a él”.

Para Bono, el viaje concluyó en el aeropuerto irlandés de Shannon, donde el avión que se llamó *Grandes Esperanzas* hizo una breve escala. “Bajad conmigo”, pidió a la comitiva. Una vez en tierra, Bono se dirigió al *pub* al grito de “115 pintas de Guinness, por favor”, y alguien la acercó una gran caja de cartón. De su interior extrajo unas camisetas de recuerdo, con la leyenda “Gira africana de la extraña pareja, 2002”, y los retratos de Jack Lemmon y Walter Matthau, los protagonistas de la célebre película, sobre la pechera, y con el recorrido (con una mención especial a la penosa velada de Tamale) escrito en la espalda. El secretario del Tesoro se entusiasmó con el regalo. Se puso la camiseta, insistió en posar con ella y no se la quitó hasta volver al avión. “Te veo en Washington”, se despidió Bono. “Hasta muy pronto”, le respondió O'Neill. ●